

Pedro Olló

# SÁTIRAS POLICROMAS

Precio: UNA PESETA

PONTEVEDRA  
Imp. de Barros, hermanos  
Plaza de la Leña, 12.  
1909



XX. 3429

15€

PB 021-11

CB 11029884

Titn. 595535

**¡Guerra á los prólogos!**

Guerra y los profetas

1914



## SAN YO

---

«Estamos en un tiempo  
tan miserable,  
Que si yo no me alabo  
No hay quien me alabe».

*Copla popular.*

«¡Señores: sin religión,  
Esto es una perdición,  
Un caos, una locura...!»  
(Y tiene mucha razón;  
¡Vaya si la tiene el cura!).

Cádiz, Ferrol, Cartagena;  
Tres, cual las hijas de Elena,  
Dicen que con una flota,  
(*Hecha allí, si ha de ser buena*)  
No puede haber ya derrota.

«¡Escuelas! ¡Mucha instrucción  
Y más remuneración  
Para el mentor, que es la tabla...!»  
(Sí, de nuestra salvación,  
¿A qué es maestro quien habla?)

«¡Cañones, hombre, cañones!  
¡Que escuelas ni que... riñones!  
¡Y que corran las escalas!  
¡Fuera notas, vengan balas!»  
(Un oficial de dragones).

«¡Si no hay espíritu público,  
Ni se respeta al gobierno,  
Y hasta á mi me llaman *yerno!*  
¡A mí tan digno repúblico!  
¿No ha de ser esto un infierno?»

«Cuando diviso á un carlista,  
El hèroe—dice Cerralbo—  
De la nueva reconquista,  
Quito la boina á su vista,  
¡Y es sacrificio en un calvo!»

«¡Los nobles republicanos!  
¡Los únicos ciudadanos!  
¡Esta es *la España verdá...!*»  
(¿Y los demás *paduanos?*  
¿Nosotros, no *somos na?*)





## ENTRE INDIANOS (1)

(Diálogo cogido al vuelo)

— ¡Hola, che! ¿Y como dise que le va?

— Así, así. Y vos ¿andás bien?

— Vea amigo; tan fuerte.

— Pues yo, *compadrito*, le hacía por allá; por Buenos Aires ó por la *campaña*.

— Me tuve que volver porque no tenía *plata*; y eso que le *garanto* que no soy *panete*, ni andaba en *farras*, ni de *atorrante*, ni nadie me vió *chupado*, ni en casas de *quilombo*. Mi *mate* y mi mujer, ¿*sabe*?

— ¿Cómo no, amigo?

— Pues sí; estuve primero de *changador*; y después, de *mucamo*; pero siempre *cortado*, porque, ya le digo, no se gana *plata*.

— ¡Que va!

— Hasta me echó de la *pieza* que ocupaba en una *cuadra* de la calle del Cangallo, número 15600, el *guaso*, el *guarango*, el *chancho* del amo; y eso que le dije: *mirá* que ya le pagaré, amigo; á lo que me contestó el *hijo de la gran siete*: «no sea usted *sonso*, y *déjese de macanas*, y *mándese mudar*, y *camine ligero*, amigo.»

— ¡Qué *esperansa*!

.....

(1) *Indianos*, y no *americanos*, como dicen por ignorancia ó por costumbre muchos gallegos. Del primer modo les llama siempre en sus magníficas novelas, de puro corte cervantesco, el ya difunto escritor montañés D. José María de Pereda, que es autoridad, si las hay, en materias de buen decir.

No, no la hay si así ladras,  
Ó ladráis; pero era bien  
Que os quedaseis más de cien  
En las *piezas* (1) de esas *cuadras*  
Por siempre jamás amén.

Porque... ¡miren ustede que, encima de no traer *plata*,  
aún venir á corrompernos las oraciones... gramaticales!...  
¡Vamos, hombre!



---

(1) *Pieza*, sin embargo, como sinónimo de *cuarto* ó *habitación*, es voz castiza y muy usada en nuestros clásicos; pero hoy nos choca, porque, á lo menos en Galicia, significa un lugar cuyo nombre excusado es decirlo.



## ¡EN GUARDIA! <sup>(1)</sup>

De la discordia la tea  
Llevando Marte en la mano,  
Alumbra el Gran Oceano  
Y llama ya á la pelea  
Más fiera que vió el humano.

Bélico rumor cabalga  
En los vientos del Pacífico,  
Y no hay onda, pez ni alga  
Que al nauta osado no salga  
Y anuncie el duelo magnífico.

Los cables, nervios del mundo,  
Se crispan en lo profundo,  
Y llevan de tierra á tierra,  
En su hablar veloz, rotundo,  
Sordas alarmas de guerra.

La flor de la crisantema  
Luce sus pétalos bellos,  
Y los bonzos ven en ellos  
Del héroe la diadema,  
De la victoria destellos.

El carnicero, en Chicago,  
Haciendo oficio de augur,  
Abre el cerdo y... ¡signo aciago!,  
Pues de su sangre en el lago.  
Creyó leer: «Port-Arthur».

---

(1) Quintillas improvisadas (?) no ha mucho ante un corro de japonófilos, cuando parecía inminente la ruptura entre el Japón y los Estados Unidos.

Ello será, más tarde ó más temprano; y sigo creyendo que... Amén, amén, amén; tres veces amén.

¡*Ve victis!* ¡Ay del felón  
Que puso su pié á traición  
Sobre el vergel filipino,  
Do acaso caiga el nipón  
En ágil salto felino!

¡Ay del pueblo jactancioso  
Cuando, su flota en ruínas,  
Pase vencido y lloroso,  
Bajo las horcas caudinas  
Del imperio misterioso!

.....  
Bélico rumor cabalga  
En los vientos del Pacífico,  
Y no hay onda, pez ni alga  
Que al nauta osado no salga  
Y anuncie el duelo magnífico.

.....  
¡Inspiración, hada hermosa,  
De sueños color de rosa!...  
Siempre creí en tu sonrisa;  
Mas si hoy sales profetisa,  
Te he adorar como diosa.





# ELISARDO SAYÁNS

## I—MI GOZO EN UN POZO

En la primavera de un año de cuyo número no quiero acordarme (parodiando al Divino Texto de la risa), me dijo cierto día un amigo:

—Hombre, tú que eres aficionado á esas cosas, ¿leíste *Siluetas literarias* de Elisardo Sayáns?

—No; ni sé tampoco quien es ese caballero.

—Pues diz que es un curita que promete.

—¡Bah! Si no hace más que prometer... La cuestión es dar.

—No, no; déjate de bromas. Me dijeron que vale, y que la obrilla es una zurribanda terrible.

—¿Pero luego tú no la leíste?

—No; bien sabes que no soy aficionado á esas cosa ni entiendo de ellas una palabra; pero Ricardo que la leyó, la puso en los cuernos de la luna. Dice que les da unos varapalos soberbios á Luguís, Riguera Montero, Heraclio Pérez Placer y otros escritores gallegos, y que es parecida á las obras de Antonio de Valbuena, de quien ya sé que eres devotísimo.

—Hombre, plegue al cielo que sea verdad tanta belleza, porque la necesidad de hacer un escarmiento literario en Galicia no puede ser mayor; pero...

—¿Pero qué?

—¿Ricardo, dijiste?... ¿Y que entiende Ricardo de esas cosas?... Pero bueno, la leeré, ¡qué diablo!; y ojalá, repito, que haya sonado la hora de poner en la picota del ridículo á tantos «*ídolos de carne de tonto*» como pululan por la región gallega.

Muy poco después de este diálogo, ya estaba en el correo una carta para el simpático Zincke, librero de la Coruña, pidiéndole la obrilla de Sayáns; y mientras no venía (¿por qué negarlo?) la blanca mariposa de la esperanza trazó raudos giros en torno de mi cabeza.

— ¡Quièn sabe!—decía yo en mis largos soliloquios —Ya sè que un Valbuena no nace todos los días, mas no se necesita tanto ni con mucho para este caso. Bien sería, pero no es necesario, como dice el Catecismo.

Con un poquito de gracia que tenga, y un algo de habilidad, y un bastante de justicia, tiene de sobra para la empresa de desnudar á tantos microcéfalos como andan por aquí echándose las de *superhombres*, cuando no son ni *supermicos*.

Y... efectivamente, la obra de Sayáns vino; pero la gracia, la habilidad y la justicia se extraviaron en el correo.

¡Qué desencanto! ¿Por qué las blancas mariposas enganarán así, tan cruelmente, á los hombres de corazón sencillo?

## II—LA MANÍA DE SAYÁNS

Cada uno tiene la suya; ya lo dijo Narciso Serra:

«El diablo, que una vez se divertía  
En hacer de este mundo una menestra,  
Diz que dió á cada quisque su manía,  
Y cada quisque vamos con la nuestra.»

Yo también tengo las mías, claro está; y una de ellas, sin duda la más inocente, consiste en que, al abrir un libro por primera vez, he de hojear antes de nada las primeras páginas y las últimas. Sin remedio.

¿Que por qué hago eso? ¡Yo que sé! Con decir que es manía, está dicho todo.

Y, de la dedicatoria que va al frente del libro de Elisardo, deduje que es *figueroista*, mientras que de las páginas finales, saqué en consecuencia que el Sr. Sayáns no se resigna á vivir en la oscuridad, y quiere á toda costa que sepa el mundo entero que hay un Elisardo Sayáns, y que esté Elisardo escribe que es un primor.

Porque... verán ustedes. Como la alabanza propia envejece, claro que Sayáns no iba á andar por esos mundos de Dios cantando las excelencias del hijo de sus entrañas...

literarias; (1) pero como todo tiene remedio, menos la muerte, esperó, para hacer el agosto de su vanidad, á que unos cuantos señores benévolos, ya en carta dirigida al autor, ya desde las columnas de la prensa, le atizasen una de bombos cual no se ha visto otra... digo, miento, como por desgracia se han visto muchas; y entonces, sacando del fuego las castañas con mano ajena, hizo de esas flores un ramillete, lo plantó al final de *Siluetas* y... fué como si les dijese á sus lectores: Conste que yo no me alabo, ¿eh?; pero no será malo que ustedes sepan que *El Noroeste* dice que soy «de los pocos escogidos que pueden seguir con seguro paso el camino de la gloria»; y que *La Gaceta del Norte* me compara con Bécquer y con Trueta; y que *El Correo Español*, de Buenos Aires, dice de este cura que «es ya una realidad y no una esperanza»; y que Polo y Peyrolón se toma la libertad, digo, el gusto de calificarme de poeta de cuerp o prese ite.... no, ¡caray con las equivocaciones!) de poeta «de cuerpo entero»; y que D. Antonino Cerviño, «el gran Cerviño, el imponderable Antonino Cerviño», como le llamo yo (y no porque el amor con amor se pague, sino porque es de justicia), dice de mi estas palabras, que llenan de rubor mis mejillas: «Dios le ha concedido alas de alondra y lengua de ruiñeñor. Cante pues».

Y con esta licencia, que el pájaro en cuestión, mixto de alondra y de ruiñeñor, se hubiera tomado aunque no se la dieran, sigue cantando que se las pela.

Por mi ya puede cantar hasta el día del juicio por la tarde, ya que, además, el que canta sus males espanta; pero es el caso que esta alondra ó este ruiñeñor quiere ser solo en la floresta, y cuando algún pajarillo ó pajarraco de tres al cuarto dice: «este pico es mío», cierra el el suyo y arremete á picotazos contra el bicho alado que tiene la osadía de interrumpir con sus graznidos las melodías *elisardinas*, ó *elisardianas*, ó como se diga.

Lo cual quiere decir que Sayáns cuelga á ratos la lira, en lo que probablemente haría del todo bien si fuere de una vez para siempre, y no «á ratones», «como decía en vez de «á ratos» cierta aldeana vestida de señorita; pero si

---

(1) Una obra de poesías, anterior á *Siluetas*.

lo hace, es para *tirar de bisturi* y meterse á crítico, lo que ya no es tan plausible, como voy á probar.

### La manía de Sayáns

Así rotulé esta sección, y bueno es recordarlo, porque con tantos requilorios, salvas y plegarias ya se le habrá ido al cielo á los lectores.

Pues la manía de Sayáns, como escritor, claro está, consiste en decir una misma cosa trescientas veces y media.

El tiene una vaga idea, allá de sus tiempos de estudiante, de que hay una figura llamada *repetición*, que, cuando es manejada con cierta gracia, oportunidad, parsimonia, etcétera, no deja de contribuir á la belleza literaria.

Dígalo, sino, entre otros muchos pasajes que no recuerdo ahora, aquello de uno de nuestros magníficos, de nuestros soberbios romances:

«*Helo, helo*, por do viene  
El infante vengador,  
Caballero á la gineta  
En su alazán corredor.»

Pero Sayáns abusa de esta licencia de un modo tal, como seguramente no han visto un caso semejante los nacidos ni los que han de nacer.

Ríanse ustedes del Maüsser ante el fusil de repetición de Elisardo.

Y como, entre amigos, con verlo basta, ahí van unos botoncitos de muestra.

Página 32:

«*Oid, oid, oid.*»

Bueno, hombre; si ya estamos resignados á eso.

Pero Elisardo cree que habla con sordos, pues en la página 84 vuelve á la carga de esta manera:

«*Oid, oid,*  
*oid á Josè...*»

¡Ah! ¿conque también á Josè? Hombre, eso ya es abusar... Pero bueno, á ver lo que dice Josè:

«*Oíd, oíd,  
oíd á José,  
venid, venid  
venid, venid á sus piés.*»

Vamos, por lo visto ya dijo José lo que tenía que decir; y ¡cualquier día vuelve á chistar para que le canten el «*oíd, oíd, oíd á José;*» como si dijéramos: «*tarán, tarán, tarantarantán!*»

Eso es gracia, y lo demás... lo que dijo Pucheta.

Mas Elisardo no quiere sólo que *oigamos, oigamos*, ni que *vengamos, vengamos*; desea también que *cantemos, cantemos*.

Verán ustedes:

«*Cantad, cantad, cantad conmigo.*» (Pág. 74)

¡Ah! ¿contigo? ¿Conque esas tenemos, picaruelo? ¿Conque á la par del ruiseñor quieres que canten los humildes pajarillos, sin duda con la siniestra intención de que se note la diferencia? Pues no nos da la gana de cantar. Hazlo tú sólo, ya que, según Cerviño, cantas con sentimiento.

(De los que escuchan).

Página 38:

«*Adiós, adiós, D. Joaquin.  
Y consuéllese, hombre, consuéllese.*»

¿Sí, eh? ¿De modo que usted cree de buena fe que donde pone la pluma levanta ampolla, y que las que usted llamará «*mis víctimas*» están inconsolables?... ¡Por María Santísima, D. Elisardo!... ¿No sabe usted que en los tiempos estos se permite á un hombre serlo todo, menos inocente?..

Página 68:

«*Un médico que no es médico (Heraclio Pérez Placer),  
un médico sin clientes.*

*Lo diré en verso,  
lo diré en verso modernista:  
un licenciado, un licenciado,  
un licenciado en Medicina,  
que no dá consultas, que no dá consultas,  
que no dá consultas,  
ni visita.»*

¡Vamos! ¿No da esto ganas de... Iba á decir una cosa sucia, pero no la digo.

Aparte de que el carácter esencial de la poesía modernista (si es poesía) no consiste en esa machaquería empalagosa; en repetir cincuenta veces los mismos paupérrimos conceptos. Eso lo harán algunos, aunque supongo que con cierta gracia, y no con la sosería empalagosa y ridícula de esos renglones; pero tenmo para mí que las notas características de esa poesía son el lujo y la extravagancia, y el primero ni que decir tiene que se da de cachetes con esa pobretería que pone usted ahí, señor Sayáns.

Repeticiones de otro género:

«... á que *egregiamente* alude el *egregio* Donoso...» (Página 34).

No, señor. Donoso Cortés será todo lo *egregio* que usted quiera; pero ya no está bien que ni él ni nadie aludan *egregiamente*.

Sépallo, pero no *egregiamente*, que eso no puede ser, sépalo el *egregio* Sayáns, y si continúa escribiendo así, le retiraré el *egregio*, aunque no se lo retirará *egregiamente*.

Otra que tal baila, en la página 92:

«... el anticlerical sambenito que *flamantemente* á Cervantes colgaron algunos *flamantes* literatos...»

Otro que no fuese Elisardo hubiera escrito con más propiedad: «el sambenito de anticlerical».

Pero, aparte de esta minucia y de la ridícula repetición consabida, eso de negar que Cervantes en *El Ingenioso Hidalgo*, su único libro, pues apenas si en alguno de los restantes se encuentra al autor del *D. Quijote*; eso de negar que en la aventura del cuerpo muerto y en la réplica del divino loco al impertinente capellán de los duques y en otros pasajes no parezca (por lo menos parezca) asomar la punta de esa oreja... ¡Vamos, hombre! ¿O cree Sayáns que todos somos Elisardos y no sabemos leer entre líneas? Lo escrito, escrito está: *verba volant, sed escrita manent*.

¿Que en varios lugares de sus obras hace el hombre más equilibrado que nació de mujer sinceras y calurosas pro-

testas de su fe cristiana? ¡Yo lo creo que las hace! Pero si el autor de *Siluetas literarias* me confunde esto con lo otro... ¡ah! entonces sí que me verá precisado á retirarle el título de *egregio* que le concedí en un momento de esplendidez.

Y siga la racha de bellezas por partida doble.  
Página 40.

«*Un orador.*

*Un verdadero orador.*

*Eso es Portal. Eso era ya Portal* allá por los años de 1880, cuando acababa de obtener, tras brillante oposición, la lectoralía de nuestra metropolitana; cuando le nombraban rector del seminario;... ¡cuándo aún no había salido del claustro materno!...»

¡María Santísima! ¡Orador antes de salir del claustro materno! ¿Y á quién predicaba allí? ¿A las tripas?

¡Esa sintáxis, señor Sayáns!...

¡Si sobrarán en nuestro riquísimo idioma (y en cualquiera, para el caso) medios de evitar esos chascos, esas sorpresas que mismo le dejan á uno pegado, ó «séase», como dice usted, patidifuso!

Porque lo que Elisardo dice es que Portal ya era orador cuando Sayáns aún no había salido del claustro materno; cosa, dicho sea de paso, muy natural, siendo como es don Elisardo un muchacho, en comparación de Portal; pero la primera impresión del que vá leyendo despacio es la absurda y chocarrera que dije, apesar de los puntos suspensivos, debido sobre todo á lo muy inhábilmente que está colocada la última oración «cuando aún no había salido» después de otras dos análogas «cuando acababa» y «cuando le nombraban.»

¡Ah! y para indemnizarles del susto á los lectores, se les declara «afectísimo servidor», como si no fuese más conveniente declararse afectísimo servidor de la sintáxis»

Y vuelve otra vez, más abajo.

«*Un orador,*

*Un verdadero orador...*»

Bueno, hombre, bueno; si ya lo hemos oído... ¿O quiere usted recibo?...

Página 36:

¿Quién le habrá metido á él?

Esto se lo decía Sayans á un escritor; pero ahora desde la publicación de este opúsculo, lo que dice Sayáns es. «¿quién me habrá metido á mí... en camisa de once varas?»: Sólo que lo dice tarde, que es lo malo.

«¿Quién le habrá metido á él, que, á juzgar por las *impúberes* muestras de su *innúber* estilo (lo de siempre) parece un buen ciudadano; ¿quién le habrá metido á él en esos berenginales.

¿Creyóse él que era tan fácil vestir las plumas del más grande de los modernos oradores?

¿No alcanzó la loca temeridad *de él* que, por esos intrincados viricuetos en que ciegamente se ha metido, podía él?...

¿No es bien hermoso y variado ésto?

Aunque no tanto como lo que voy á copiar:

«Digo, á no ser que *la musa y usted sean una misma cosa*; lo cual, y perdone *usted*, no me parece probable ni siquiera verosímil: *usted y la musa no son una misma cosa*; más aun: creo que no hay *musa* alguna que sea parienta de *usted*: aún más (¿aún más? ¡Dios nos coja confesados!); creo que *las musas y usted*, ni una sola vez por casualidad, se han visto de lejos.»

¡Vamos! ¿ha visto el lector una manera más fatigosa de intentar un chiste sin chiste?....

Pues este Sayáns no da más de sí.

Digo, no; miento; dá esto otro:

«—¿Que si *lo conozco personalmente*?

—Sí, *lo conozco personalmente. Personalmente lo he conocido* aquí el verano último...»

Pero al llegar á este punto debió de pararse, y recordan-

do que no hay partida triple, sino sólo doble, continuó de este modo:

«... de mediana edad, de estatura mediana; de ojos que *chispean*, de conversación *chispeante*.

Me *simpatizó*, creo que le *simpatizé* (¡Anda salero! ¡Esto encima!)

Nos buscábamos *muchas veces*, paseábamos juntos *muchas veces...*»

Dos ejemplitos más, amigo lector; dos solamente, porque bien se me alcanza que estarás de las machaquerías de Sayáns hasta por encima de los pelos.

«Y en la cátedra llenaba la cátedra, y en el púlpito llenaba el púlpito; y en la calle llenaba la calle.»

«Y este compañero mío es un diácono; y este diácono, un escritor; y este escritor, un periodista.»

Hombre, esto se parece, como un huevo á otro, al cuento de la aventura de los batanes: «... en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruíz, y este Lope Ruíz andaba enamorado de una pastora llamada Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...»

¿No es bien parecido, lector?

Y con permiso de Sancho Sayáns, digo, de Elisardo Sayáns, que me equivoqué por la semejanza del estilo, pasaremos á otra cosa.

### III—El alguacil alguacilado, ó á la justicia prenden.

Continúa en el abuso de la palabra escrita el señor Sayáns.

Página 25:

«que el mismo Dios, *tal vez* de ellas prendado para aplaudirte *te llevó hasta el Cielo.*»

*Como prosa rimada esto se anote y hasta, tal vez, te te... como cascote.*

¿Conque Vd. que critica el *te, te*, suelta ahora un *ta ta*, en *hasta tal vez*? Hombre, eso sí que está bueno. ¿No sabe usted aquello de

¿Que trabajo le costaba, ya que no sigue el orden en la enumeración de las palabras criticadas, poner el último verso del comentario de esta manera:

«...y *hasta, te te y tal vez* como cascote?»

«Procure ser, en todo lo posible,  
El que ha de reprender irrepreensible?»

Aparte de que esas pequeñeces, en las que alguna que otra vez incurre el más pintado, sólo merecen ser puestas en solfa cuando algún *poeta* cae en ellas con demasiada frecuencia. Para lo otro, para reirse de uno de esos rebuscados defectillos, era menester ser un Valbuena, en cuya cabeza se encontrarían la Gramática y la Retórica si se perdiesen; y á estas alturas, ya sin contar con *lo que te rondaré, moreno*, supongo que estarás convencido, á costa de tu pellejo literario, que entre el insigne leonés y tú... ¡*miña xoya!*

Porque no es aquí sólo, lectores amados, ó sin amar, donde este alguacil hace méritos para que le alguacilen.

Ya no nos fijemos en un «gigante antideluviano» (página 18), porque apenas si hay modo de eviir eso; ni siquiera en un «púsose sereno», *sesereno*, de la 85, que es el mismo caso del *te te* de marras. Pero, á quien pretende hilar tan delgado, ¿puede perdonársele esto de la página 47: «... parte el corazón *ver versos* tales, en papel tan excelente»? ¿No da ganas de reir, en vez de partírsele á uno el corazón, ese *ver ver*, teniendo á mano Sayáns, (ó á pie, que para escritores de cierta laya es más propio, la *voz poesías*?)

Pero adelante con los faroles, pues aun hay mucha tela cortada.

Página 21:

«Y concordancias nuevas, de nueva gramática.

«¡Y los campos *fecunda y fertiliza*  
con sus *linfas* de plata *bienhechora*,

«Linfas bienhechora»: concordancia riguerina.»

Y dice Sayáns, un poco más adelante:

«Endílguele, pues, á los incautos señores tipógrafos...»

¡Hombre!... ¿Conque endílguele á los tipógrafos?...

¡Ah! y para que todo sea por partida doble, hasta los despropósitos, *recunca* un poquito más abajo, de esta manera:

Y vos ¡oh cajistas pèrfidos!

que me maltratáis así

escuchad mi voz colèrica

y ante todo *me decid* (!!!):

¿Por qué mis pobres *versículos*

Siempre ¡oh mengua! han de adquirir

en vuestras manos misèrrimas

esas deficiencias mil?

¿No llevan ya faltas múltiples?

¿Por qué, pues, más *le* añadís?»

¡Otra te pego, y van dos! A pares como los frailes. ¡Le añadís á los *versículos*!... Para censurar «una concordancia riguerina», soltar un par de... construcciones *sayansianas* ó *elisardinas*. ¡Cuidado si para eso se necesita discutir... con los pies!

Se ejercitaban... y va de cuento. Se ejercitaban en tirar al blanco unos quintos, y lo hacían tan mal, que el capitán que los mandaba, le quitó el fusil á uno y se puso á apuntar, diciéndoles al mismo tiempo: «Miren ustedes como se hace, bárbaros.»

Erró el tiro, y entonces, volviéndose á los reclutas, les dijo muy serio: «Así hacen ustedes.»

Repitió la suerte y le sucedió dos cuartos de lo mismo; pero, sin desconcertarse en lo más mínimo, volvió á decirles: «Así hacen otros, tan malos tiradores como ustedes.»

Da por fin en el blanco á la tercera vez y entonces exclama, muy formal: «Así hago yo, y así debe hacerse.»

Algo de esto (y ya verán ustedes por qué sólo digo algo), le pasa á Elisardo; pues, queriendo corregir la «concordancia riguerina» de marras, coge el fusil, ó «séase» la pluma,

y á la primera vez *le* endilga una filípica á *los* tipógrafos, y á la segunda vez, *le* añade faltas á los *versículos*; sin que, ni en el primero ni en el segundo tiro, disparados de rechazo contra la sintaxis, tenga siquiera el aplomo ni las hábiles salidas del capitán del cuento. (1)

Otros ejemplos edificantes.

Habla Lugrís:

«Pura, no puedo dejar  
De felicitarte hoy...»

«Adviertan, adviertan...»

(Por este «adviertan, adviertan», ya sabrán ustedes quien es el que habla ahora.)

«Adviertan, adviertan que este segundo verso aun es más cojo que Valcarce Ocampo.»

Bueno; pase el conato de chiste; pero *advierta, advierta* D. Elisardo que tampoco es verso el tercero de estos cuatro suyos (página 20):

«Ay, alma ¡Nunca creyera  
que ese *cuándo* aun no barruntes  
lee los versos de Riguera,  
y otra vez no lo *preguntes*.»

Ni tampoco el segundo de estos dos de la página 85:

«Por treinta duros ha estado  
en *El Noroeste* y *La Voz*...»

¿O cree usted que no se peca lo mismo por carta de más que por carta de menos?...

Otro botoncito de muestra.

Habla de Pérez Placer, en la página 70, y dice:

«Paso á la nueva ciencia de D. Heraclio.  
Del filósofo insigne y literato eximio.  
Del que inventa una preceptiva en la que *amor* y  
*sostener* son consonantes.»

(1) Mal podía tenerlos, cuando dice en la página 911: «¿Qué pueden á *ustedes* importarle...? Lo cual demuestra que para Sayáns, al revés del capitán del cuento y de otras muchas personas, ni á la tercera va la vencida.

Claro que no lo son; pero tiené usted unas *berzas* en la página 84 donde sucede dos cuartos de lo mismo.

Dicen así:

«Santos y sabios  
cerrad,  
cerrad los labios;  
¡callad!  
Oíd, oíd  
oid á José,  
venid, venid,  
venid á sus piés.»

¿No son consonantes ahí *sabios y labios, cerrad y callad, oíd y venid*? Luego también debían serlo, y no lo son, *José y piés*.

Hay que caminar con más tiento, amigo Elisardo; porque á lo mejor, ó á lo peor, va uno por lana y sale trasquilado.

¡Y si viera usted como se ríe la gente cuando ocurre lo de: «al maestro, cuchillada»!

Y á propósito de maestros, allá va un cuento para concluir.

A la escuela de uno de esos antiguos *dómines* rurales con certificado de aptitud, de los que aun quedan muchos por Galicia, fué un día la Junta local á celebrar exámenes, y terminados éstos, le dijo el alcalde al maestro:— Diga usted: ¿qué defectos de pronunciación les cuesta á ustedes más trabajo corregir?—«Las *gucadas*, señor; las *gucadas*»...

¿Qué dice usted, señor Sayáns?... ¿Que no le hizo gracia ninguna el cuento?... Pues mire usted: lo creo á pié juntillas.

#### IV.—“Era de noche y sin embargo llovía,,

Oído á la caja:

«Es aun joven...»

Habla de un tal Fray Samuel Eiján.

«Es aun joven,

y *por serlo*,

no es prosista, claro está, como Cervantes,

ni un poeta como Homero.»

Bueno, pero ya lo será... Si todo consiste en que llegue á viejo... Y, precisamente, de ese defecto de ser joven... ¿No sabe D. Elisardo la anécdota que se contaba del P. Martín, el difunto general de los jesuitas?... Pues el P. Martín, que sólo tenía cuarenta y tantos años cuando le eligieron general, fué á Roma con objeto de hacer la visita *ad limina*; y, admirado de su juventud el Padre Santo, le dijo al verle en su presencia (según dijeron los periódicos, que yo *relata refero*): — «Bien está... Cuando le nombraron á usted, por algo sería. Pero muy joven me parece usted para el cargo.» — «¡Ah, Beatísimo Padre! — contestó rápida é ingeniosamente el P. Martín — Por desgracia, de ese defecto de ser joven, me he de ir corrigiendo de día en día.» — No cabe duda de que *si non e vero, e ben trovato*, como dicen los italianos.

Y lo mismo, ó una cosa parecida, le puede decir á usted Fray Samuel, si le cree: «Si para ser un Homero, y hasta un Cervantes, no necesito más que llegar á viejo... ¡qué diablo!... mal será.»

Otro retal del mismo paño:

«D. Manuel (Lugrís) no es guapo, pero aun no es viejo...»

Hombre, esto si que está de primera, sin que quiera decir que lo otro, lo de Fray Samuel, esté de segunda... ¿Conque «D. Manuel no es guapo, pero aun no es viejo»?... ¿Y qué tendrá que ver lo uno con lo otro, me quiere usted decir?... Porque por ese sistema no faltará quien diga que usted no es seglar, pero que es gallego.

¿Y usted estudió Lógica tres años, en un seminario? ¿En los seminarios, donde precisamente, y para burlarse de la falta de *sindéresis*, corre de estudiante en estudiante aquel conocido dístico, ó pareado:

«En el cielo aparecen nubarrones:  
Luego la burra tiene sabañones»?

¡Ya, ya! ¡Buenos estudiantes nos dè Dios!

Y vaya otra, que por lo menos está de tercera:

«...viste bien, garbea, usa lentes; escribe versos y hace dramas.... dramas gallegos.  
Es, pues, un intelectual.»

Y como el *pues* está, como debe estar, entrecomado; y por lo tanto se refiere evidentemente á todo el párrafo anterior, resulta que para ser intelectual, según Elisardo, amén de hacer dramas y escribir versos, hay que vestir bien, garbear y usar lentes.

Lo que no deja de ser un descubrimiento.

¡Y vaya un colaborador que se perdió Camprodón, aquel famoso Camprodón que en una de sus obras, no recuerdo en cual, decía muy serio:

«Tu madre, *aunque está impedida,*  
La pobre *te quiere tanto...*»

¡Ay, señor Sayáns, señor Sayáns! ¡Cómo anda ese *célebre de la cabeza*, como diría uno que yo me sé!

#### V.—Valbuena y Sayáns.

Me estoy alargando más de la cuenta; pero son tantos los desatinos de este *crítico* (*¡taday, probeza!*), que no hay modo de soltar la pluma.

Y vamos, para postre, á lo que indica el epígrafe.

A Valbuena le llama saludísimo, y con razón, D. Elisardo.

Del mordaz escritor leonés, dijo Sayáns, y también en eso dijo bien, que no tenía necesidad de que nadie le defendiese.

Y, por último, llevando hasta el extremo las alabanzas en honor del temible adversario de la Academia, hizo suyas las palabras del inolvidable *Clarín* cuando éste decía de Valbuena que, desde los tiempos de Quevedo, no hubo en España un ingenio tan peregrino; cosa que si he de ser franco, ya me parece un poco exagerada, á lo menos como yo entiendo la palabra *ingenio*.

Pero entonces ¿con qué autoridad ó por qué regla de tres se atreve este Elisardo de mis pecados á enmendarme la plana á D. Antonio, ó por lo menos á disentir de él en varios importantes extremos?... ¿Se puede saber, señor Sayáns?...

Le llama V. á Donoso «el más grande de los modernos oradores», y en cambio Valbuena dijo de Castelar que como orador no había quien le igualase.

De la misma manera, dicho sea de paso, que les hizo plena justicia, literariamente considerados, á Espronceda, enemigo acérrimo, jurado, de los carlistas; y al poeta de las *Doloras*, cantor de la lujuria y excéptico; y á Leopoldo Alas, librepensador; y á Mariano de Cavia, al cual le llamò no hace mucho «el orgullo de Aragón»; y á Gabino Tejado, que, aunque católico á machamartillo, fué de «la turba de entreverados y danzantes que siguieron á Ramoncito Nocedal»; y á Moratín, afrancesado, y á otros que no recuerdo. En cambio les ha tundido la pavana á Carulla, Llauder, Cerralbo y Polo y Peyrolón, sus correccionarios.

Todo lo cual indica una entereza de ánimo y un amor á la justicia tan grandes, que son lo bastante para hacer simpático y respetable al autor, digo, al fustigador de los rípios nacionales y ultramarinos.

Pero sigamos; que no es ahí sòlo donde el criticaastro gallego se permite disentir del crítico leonés.

Sabido es que, para Valbuena, Gabriel y Galán no era poeta. Bien terminantemente lo dijo en «*Ripios geográficos*»:... el autor de la mamarrachada aquella de *El Cristu benditu*, en la que se destroza neciamente el habla castellana, no sentía la belleza, ni podía ser poeta castellano, aunque hubiese nacido en Castilla.»

Pues, sin embargo, nuestro D. Elisardo llama á Gabriel y Galán «el gran poeta cristiano», como quien no dice nada; y «el poeta incomparable de los campos de Castilla», y concluye el articulejo hablando en son de elogio de la escondida ermita de *El Cristu benditu*; la mamarrachada, que dice el maestro.

¿Puedé haber un discípulo más infiel que este Sayáns?...

Otros botoncitos de muestra.

Valbuena aun sigue creyendo (*Agridulces*, 1.<sup>a</sup> toma) que la canción á las ruínas de Itálica es de Rioja. En cambio el coadjutor de S. Nicolás, de la Coruña, opina, como muchos modernos, que es de Rodrigo Caro la oda esa.

Cuando apareció la obrilla de Sayáns—*Siluetas literarias*—se le echó encima desde las columnas de *Galicia solidaria* un señor Pedreira, que por lo visto es catedrático de Geografía é Historia en el Instituto de la Coruña. Pero con tan poca gracia y habilidad lo hizo, que teniendo ra-

zón hasta las cachas, tanto en lo que le criticó á Sayáns (menos en dos ó tres cosas que no recuerdo) cuanto en lo que le quedó en el tintero, y no fué moco de pavo, pareció que resultaba vencedor Elisardo.

Cosa, señor Pedreira, que les suele pasar á todos los que creen que es fácil hinchar un perro.

Pero, bueno, vamos al caso; es decir, á demostrar una vez más la enorme diferencia que, como criticos (y ya saben ustedes por quien no subrayo la palabra), media entre Valbuena y Sayáns; y conste que sólo con poner juntos estos nombres cometo una atroz injusticia, porque mismo rabian... digo, rabiaría el primero de verse junto al otro, si lo supiera.

Pues, señor, le decía Pedreira á Sayáns que la voz *silueta* no era castellana, sino de la galiparla; y... ¿á qué no saben ustedes como se defendió de eso D. Elisardo? ...Pues diciendo, entre otras cosas, que la había usado, en lugar de *perfil*, y en no recuerdo qué discurso, D. Alejandro Pidal.

Vamos, ¿no es gracioso que un devoto de Valbuena defienda la legitimidad de una palabra invocando la autoridad de un académico; y no de un académico como el P. Mir, Castelar, Zorrilla, Campoamor, Silvela, Gabino Tejado, Rodríguez Marín, el P. Coloma y algún otro hombre eminente más de los que por casualidad entraron en la Academia, sino de D. Alejandro, que no sólo es uno de los que más mal parados salen en *Ripios académicos*, sino que aun encima es presidente del cotarro por razones políticas y no literarias. según á su debido tiempo dijeron y probaron los que lo entienden?...

Y usted, D. Leopoldo Pedreira, puede descansar sobre mi honrada palabra, que le dice por su propio bien á su merced, que no se meta en camisa de once varas ni en libros de caballerías.

A más de que, como acaba usted de ver, no hace falta ninguna; y así me veo obligado á recordarle los versos del Manco de Lepanto:

«Tate, tate, folloncicos,  
De ninguno sea tocada,

Porque esta empresa, buen rey,  
Para mí estaba guardada.»

¿Que he llegado tarde? Más vale tarde que nunca, y nunca es tarde si la dicha es buena.

Tres tardes en dos líneas, á estilo de Sayáns.

Y que aprenda en ese cura  
Todo joven inexperto  
Que hace la triste figura  
Por «desfacer» un entuerto.

Y sepa que le permito  
Escribir... á la familia,  
Y hasta, si es cura, le admito  
Que descomponga una homilia.

Pero si estira la pierna  
Más de lo que da la manta,  
Esta mi crítica tierna  
Va á convertirse en somanta.

Que ya canisa ¡voto al chápиро!  
Y llegó á aburrir á Cristo  
Ver tantísimo gazznápиро  
Dándose de autores pisto.





## RECTIFICACIONES

---

A quien *irregulariza*  
O hace una *filtración*,  
En nuestra lengua castiza,  
Siempre se llamó *ladrón*,  
Vista gabán ó pelliza.

La palabra *libertario*  
También la corregirás;  
Que, aun no siendo reaccionario,  
Pocas veces mentirás  
Si traduces *perdulario*.

Si á Rosa llama el cronista  
*Discreta, elegante y lista*,  
¿No la hace un flaco servicio?  
¿No sabe el buen periodista  
Que la emparenta con Picio?...

Lo de llamar *sportmán*  
A un redomado holgazán,  
Vaya, tampoco lo trago;  
¡Pero, señores, qué afán  
De dignificar al vago!

Si oyes decir *democracia*  
(Vamos, a gracia d'o demo),  
Entenderás *yernocracia*,  
Que es el arte de que en gracia  
Caiga, si es guapo, hasta el memo.

¿Conque está *alegre* el doctor?  
¿Y á qué viene esa pamplina?  
Dígase que el codo empina,  
Y que hoy se tomó el señor  
La *primera papalina*.

«*Probando ayer unos sables*  
En una finca de Rutis  
Dos conocidos y amables...»  
(Basta; se hicieron notables  
Sin deterioro del *cutis*.)

«*Jóven, bonita y dispuesta...*»  
(y sobre todo modesta)  
«*Cede cuarto á un caballero,*  
*Florida, 15, 3.º*»  
(Yo también cedo... la cesta).





## Quisicosas paradójicas

---

Mientras da el sabio modesto  
Por respuesta la callada,  
Y sale siempre con ésto:  
«Sólo sé que no sé nada,»  
hay quien, á pesar de ser  
Todo un solemne animal,  
De lo habido y por haber  
Habla en tono doctoral.

---

¿Voto, á la mujer? ¡Dios mío!  
¿Médicas? ¡Jesús, qué horror!  
¿Y juezas? ¡Qué desvarío!  
Pero *reinas*... Sí, señor.

---

Hoy, ministro de Marina;  
Ayer, de Gobernación;  
Cualquier día le destina  
Maura á Fomento ó á Instrucción,  
¡Y aun dicen los pesimistas  
Que no hay aquí Salomones!...  
¡Tener nuestros estadistas  
Quisieran otras naciones!

---

Antaño, era el Santo Oficio;  
Hoy, la dinamita vil:  
¿Cuándo tendremos juicio?...  
El año en que no haya Abril.

---

Van, teñidos los bigotes,  
Los viejos, de picos pardos;  
Muy Sanchos, nada Quijotes,  
Los *pollos* parecen fardos.

El cáncamo pide un tango,  
El niño casi chochea;  
¿Pero esto es vals ó fandango?...  
Que venga Dios y lo vea.

---

—¿Derechos pedís?... Ahí van,  
Que es el pueblo el soberano.

—Ahora queremos pan.

—¿Sí? Pues llamad á Cachano.

---

—¿Què tal te salió Darío?

—En todas, sobresaliente,  
No es porque sea hijo mío,  
Pero es un chico eminente.

—¿Hay noticias de Amador?  
—Pues que me le han reventado,  
Pero con tal profesor  
Ya lo tenía tragado.





## El séptimo, no... copiar

Corre por ahí una copla que dice:

«Si en el quinto no hay enmienda  
Y en el sexto no hay rebaja,  
Bien puede Nuestro Señor  
Llenar el cielo de paja.»

Por cierto que si era español el autor de esos versos, como supongo, en Dios y en mi ánimo si sabía de la misa la media. Porque no es por el quinto ni aun por el sexto *por do más pecado había* Juan de España, sino por el séptimo precisamente.

El subsuelo ex-hispano (porque esto, sin colonias, con Gibraltar al S. y Portugal al O. ya no es suelo, ni hispano, ni Cristo que lo fundó), se me antoja así como una covacha ó un sótano donde miles de *monipodios, hampones, descuideros y golfos*, ciegos á la luz europea, hacen de la antigua Iberia una especie de Sierra Morena, en la cual los *timos, filtraciones, irregularidades, escalos y atracos* han poetizado, por ser más prosaicos y cobardes, las gallardas aventuras de aquel José María,

«el que á los ricos robaba  
y á los pobres socorría.»

Antaño, eran los abuelos de los que hacen hoy gran papelón en la política los que entraban á saco en iglesias, monasterios, hospitales y centros docentes, desamortizándolo todo su color del bien público y pretextando para ello lo mal adquiridas que habían sido aquellas riquezas (como si de este vicio de origen no adoleciesen las de muchos

fúcares modernos); hogaño es el tercer estado el que proyecta un desahucio en gran escala, al grito de:

«y muera el que no tenga  
igual que tengo yo.»

No hay necesidad de decir que este cura, tanto por no tener con que hacer tocar á un ciego, cuanto por amor á la justicia, se pondría, en último extremo, al lado de los últimos; porque desde la cuquería de llamarse hoy conservadores los primeros (1), lo que traducido al castellano quiere decir: «caballeros, no empujad,» hasta la irrealizable utopía de los segundos, tengo para mí, aunque simple y pecador, que hay tanta diferencia como va de Sancho Panza el bellaco á su señor, el divino orate.

Como que de aquellos *vivos* enemigos, claro está, de la *mazo muerta*, se dijo que compraban lujosos devocionarios para sus mujeres con la hacienda *irregularizada* á la Iglesia; y de ellas, que pedían en los templos limosna á los carlistas para sostener el culto; mientras que los secuaces de los anárquicos redactores de aquella constitución singular promulgada en París cuando la Comuna; constitución que sólo decía ésto: «—Artículo 1.º—Todo ciudadano hará lo que le dé la gana.—Art. 2.º—Nadie queda encargado de hacer cumplir el artículo 1.º»; estos descamisados, repito, nunca nos sorprendieron, que sepamos, con tamañas é hipócritas inconsecuencias.

Pero de estas dos *filtraciones* al por mayor, una en acto y otra en potencia, y aun de aquella de las aduanas de Cuba, no hablaré ahora, porque hoy me da el naipe por el género chico.

Y apropósito, lector amigo: ¿Nunca te has fijado en lo que de este vicio genuinamente español (porque en todas partes cuecen habas, pero aquí á calderadas); en lo que de este vicio, ó achaque nacional, si lo quieres más fino, dice el lenguaje popular, siempre feliz, breve y pintoresco?... Pues he aquí algunas de esas *flores*, que habrás oído mil veces: «En Ares, no te pares; en Redes, no te quedes.»—En

---

(1) También se llaman liberales muchos de ellos, tal vez los más; pero ya hemos convenido Mella y yo en que lo son de talco.

Camouco, para *pouco*.»—«La Coruña *rabuña*»,—«En Torrelodones, catorce vecinos y quince ladrones.»—«En Villalón, en cada casa un ladrón; en casa del alcalde, el hijo de su padre; en *cas* del alguacil, hasta el candil, etc.»—Y así, por este estilo, oirás en nuestra tierra muchas cosas y cosas pertenecientes, atañentes, referentes, concernientes y otros *entes* al arte de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

En fin, con decirte, lector simpático (ó antipático, que de todo puede haber); con decirte que, por robar, se roban aquí hasta las ideas...

—¿Pero también las ideas?...

—¡Vayaj Si no se hubiesen dado casos, ¿qué pito ni qué flauta tocaría en el desconcierto legislativo la ley de propiedad intelectual?... Dicen que dicen, á este propósito, que si el *Idilio* de Núñez de Arce... Dijo que dijo el Sr. Icaza no sé que cosas de D.<sup>a</sup> Emilia, «la inevitable D.<sup>a</sup> Emilia»... (1) ¿Quién sabe lo que se dijo... y lo que se probó?...

Pues bien, un caso flagrante de esta que por pudor llamaremos manía nacional, tengo la honra de presentarte en la persona de D. Mateo Jiménez Aroca, hombre paradójico si los hay, pues, á pesar de pertenecer á la digna clase de maestros de escuela, cuya posición no es nada *desahogada*, nos resulta un *desahogado con toda la barba*.

Y vamos al asunto.

¿Recuerdas, cuando andabas en la escuela, si había en ella un librito de lectura titulado *El Instructor*, cuya tercera parte lleva el nombre de *Cuentos del abuelo*?... ¿Sí? Pues si conoces al *autor* y tienes ocasión de hablarle, cuando te diga, si te lo dice, que lo es del libro, como reza la portada: «Por D. Mateo Jiménez Aroca», dile de mi parte, parodiando el título: «Cuénteselo usted á su abuela».

Porque no hay tales... Arocas.

Y ahora verás cómo descubrí el pastel.

Daba yo lecciones de francés á un muchacho de regular despejo, pero muy devoto de *Nuestra Señora del Descanso*; y traducíamos una obrita titulada: *Libro de lectura é instrucción para el adolescente*, por G. Bruno, escritor muy es

(1) *Traductora*, con cursiva, de Melchor de Vogue, Montalembert y otros como dice irónicamente un escritor.

*timable*. Apenas había línea en que al grandísimo holgazán no hubiese que darle un par de remolques, y así pasaron días y días; pero llegó uno, y cádate al tropezón del rapaz convertido de repente en cotorra, pues vertía del francés al castellano en menos tiempo del que tarda en persignarse un cura loco.

Admirado de tal mudanza, y sospechando que era víctima de una jugarreta, inquirí, pregunté, puse todos los medios para averiguar la causa de tan brusco cambio, y por fin supe que habían caído en las pecadoras manos del chico los *Cuentos del abuelo*, y que en ellos había encontrado un remedio á su dolencia, que no era otra que un *asco* invencible á tomar en las manos el diccionario.

Entonces me puse á cotejar los dos libros: el de Bruno, impreso en 1887, (1) y el de *Aroca*, venido al mundo literario el año de 1894; y he visto sin asombro (porque ¡cualquiera se asombra de nada á estas alturas!) que todas, ó casi todas, las lecciones del segundo son un puro calco de las de Bruno.

Pero aun hay más. D. Mateo, que á la cuenta debe de opinar que las bromas, ó pesadas ó no darlas, puso muy campante en la portada de *su* libro la siguiente advertencia: «Esta obra es propiedad. Queda hecho el depósito que marcan las leyes, y (*ahora va lo bueno*) se perseguirá (*¡aja-já!*) al que la reimprima.»

¿Qué tal, eh? ¡Esto sí que es *el acabóse*, y *el disloque*, y *el descuaje*,\* y *el desmigüe*, como dicen los académicos de la Puerta del Sol!

¡«Y se perseguirá al que la reimprima!»... ¡Cuánto le habrá roído al *reimpresor* el gusano de la conciencia para llegar al acto heroico de denunciarse á si mismo! Porque el primero que la *reimprime* (la otra; el original, por supuesto) es él, como van V. V. á ver.

Por cierto que cuando ví semejante enormidad, no me cupo el pan en el cuerpo; y sin encomendarme á Dios ni al diablo, escribí á París á la *Librería Clásica* de Belin (pronúnciese *Belén*, que es donde cree el Sr. Aroca que están sus lectores), preguntando á los dueños de ese estableci-

(1) Centésima edición; nada menos.

miento, donde aparece editado el libro de Bruno, si este ó ellos habían dado autorización al bueno... digo, al malo de Aroca para hacer lo que hizo (caso posible); y entonces recibí la siguiente carta que reproduzco al pié de la letra:

«15 de Junio de 1904.

Sr. D. Fulano de Tal.

Le agradecemos vivamente el interés que toma por la publicación de Bruno. No conocemos la obra de que V. nos habla, y todavía menos á su autor, D. Mateo Jiménez Aroca, á quien no hemos dado autorización ninguna para ello, ni por otra parte nos la ha pedido. Hemos hecho algunas pesquisas á ese propósito, que no han hecho más que confirmar nuestros recuerdos. Si presenta ese libro de lectura é instrucción reproducido así, es, como dice usted muy bien, un plagio, en absoluto penable, según la ley francesa y la española.

Recibid, señor, la seguridad de nuestros sentimientos distinguidos.

Belin, hermanos.»

En sustancia así dice la carta, que está á disposición de todo el mundo.

Y como, entre amigos, con verlo basta, è idem con un botón para muestra, voy á transcribir, á dos columnas, la lección moral titulada: *El viajero en la montaña*, advirtiéndole que las palabras y los trozos subrayados son las variaciones que el cándido D. Mateo creyó suficientes para dorar la píldora.

Y á fin de que todo bicho viviente se entere de este gaturperio de Aroca, voy á presentar la parte de Bruno traducida literalmente, al pié de la letra, y aun á riesgo de cometer algún galicismo.

**Dice Bruno (pág. 74):**

**Dice D. Mateo (pág. 106):**

---

MORAL

XVI.—El viajero en la montaña—  
No retrocedamos nunca ante el deber.

El viajero en la montaña—No retrocedamos nunca ante el cumplimiento del deber.

---

Un viajero caminaba de noche por una senda que no conocía. Era un

---

Un viajero caminaba de noche por una senda que no conocía. Era un

camino de la montaña, desierto, estrecho, suspendido sobre un abismo. El cielo se había cubierto de nubes que anunciaban una tempestad próxima y esparcían la oscuridad sobre la tierra.

El viajero, deseoso de llegar antes de la tormenta, había acelerado su marcha, á pesar de las tinieblas. De improviso, en una vuelta del camino, su pié tropezó contra una gran piedra que se había desprendido de la montaña y que obstruía el paso.

En su precipitación, el viajero no había visto el obstáculo: cayó bruscamente, rodó hacia el abismo, donde mugía un torrente profundo.

Creíase ya perdido irremisiblemente, cuando un tronco de árbol le detuvo en su caída. A través de mil peligros, el viajero pudo, ayudándose con las ramas, remontar la pendiente del precipicio y volver al sendero.

Entonces un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho; dió gracias á Dios con todo su corazón; después acordándose de la piedra peligrosa que obstruía el camino, y de los otros viajeros que había visto venir detrás de él:

—Yo debo lanzar esta piedra fuera del camino, se dijo, para que la desgracia que ha dejado de ocurrirme, no pueda sucederle á los que me siguen.

Pero la piedra era pesada; desde el primer esfuerzo, el viajero fatigado se desanimó y volvió á emprender su camino, dejando tras él la piedra atravesada en el sendero.

Entonces, mientras se alejaba así, una voz dentro de su sér se elevó para maldecirle.—«Si el que viene detrás de tí tropieza, en las tinieblas, con el obstáculo que has dejado en tu camino, si rueda hasta el fondo del precipicio, ¿no será tuya la culpa?»

El viajero se esforzaba en pensar en otra cosa; mas en vano, su con-

camino estrecho, abierto en una montaña, y que estaba suspendido sobre un abismo. El cielo se había ido cubriendo de nubes que anunciaban una tempestad próxima y esparcían la oscuridad sobre la tierra.

El viajero, deseoso de llegar antes de que estallara la tormenta, había acelerado su marcha á pesar de la negrura del firmamento. De improviso, en una de las vueltas del sendero, tropezó contra una gran piedra que se había desprendido de la montaña y que le obstruía el paso.

En su precipitación, el viajero no vió aquel obstáculo; cayó bruscamente y rodó hacia el abismo, en cuyo fondo mugía un desbordado torrente.

Creíase ya perdido irremisiblemente, cuando un tronco de árbol le detuvo en su caída. *No sin vencer mil dificultades* y peligros, logró al fin, ayudándose con las ramas, remontar la pendiente del precipicio y volver al sendero.

Entonces un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho *oprimido*; dió gracias á Dios con todo su corazón, y después acordándose de la *peligrosa piedra* que obstruía el camino, y de los otros viajeros que había visto detrás de él, *exclamó*:

—Yo debo lanzar esta piedra *al fondo del precipicio* para que la desgracia que ha estado á punto de ocurrirme, no pueda sucederles á los que me siguen.

Pero la piedra era *muy* pesada; y después de haber hecho algunos esfuerzos vanos para apartarla de allí, el viajero, fatigado, volvió á emprender su camino, dejando tras él la piedra atravesada en el sendero.

Entonces, mientras se alejaba, *le pareció oír* una voz que se elevaba dentro de su sér y le decía: «Si el que viene detrás de tí tropieza, en las tinieblas, con el obstáculo que has dejado en tu camino; si rueda hasta el fondo del precipicio, ¿no será tuya la culpa?»

ciencia no le dejaba en reposo. Ella le hacía ver otro viajero como él rodando por el abismo; le parecía oír gritos de desesperación implorando en vano socorro. Y siempre la voz de su conciencia decía:—«Tu negligencia puede causar la muerte de un hombre.

¿Qué importa que este hombre sea desconocido? Todos los hombres son hermanos.»

Entonces el viajero, á pesar de su fatiga, á pesar de la tempestad próxima á estallar, volvió sobre sus pasos. Se acercó á la piedra, hizo un gran esfuerzo, la levantó y la arrojó al torrente. Después se sentó en un reborde de la roca para descansar antes de seguir su camino.

Mientras estaba allí, un jóven que bajaba rápidamente por la montaña, pasó por el sitio donde estaba antes la piedra peligrosa; pasó corriendo, sin mirar siquiera á sus piés, con la confianza de los veinte años. Entonces el viajero que acababa de quitar la piedra vió claramente que si hubiese quedado atravesada en el camino, el joven hubiera caído en el abismo. Y él se decía:—«Este desconocido no llegará á saber nunca que me debe la vida; ni me dará las gracias; ¿qué importa? Yo he cumplido mi deber: esto basta.»

Y el viajero, satisfecho, volvió á tomar su bastón de viaje. Se puso en marcha. Bien pronto la tempestad estalló: el estampido del trueno, de eco en eco, hizo estremecer la montaña. El viento furioso gemió entre los abetos. Los relámpagos desgarraron las nubes é iluminaron el abismo. Pero, en medio de esta tempestad de la naturaleza, el viajero avanzaba con paso rápido. Una calma profunda reinaba en su espíritu, la calma de una buena conciencia; y le parecía que

El viajero *hizo grandes esfuerzos* para pensar en otra cosa; *pero no lo consiguió, porque* su conciencia no le dejaba en reposo. *Le parecía* ver á otro viajero como él rodando por el abismo; *creía escuchar* los gritos de desesperación *que daba* implorando en vano socorro. Y siempre la voz de su conciencia decía: «Tu negligencia puede causar la muerte de un hombre. ¿Qué importa que ese hombre te sea desconocido? Todos los hombres son hermanos.»

Entonces el viajero, á pesar de su fatiga, á pesar de la tempestad próxima á estallar, volvió sobre sus pasos. *Al llegar al sitio en que estaba* la piedra, hizo *nuevos* esfuerzos, y *ayudado por su bastón de viaje, que utilizó á manera de palanca, consiguió rodarla hasta el borde de la montaña, y lanzarla después* al torrente. *Una vez hecho esto,* se sentó en un reborde de la roca para descansar antes de seguir su camino.

*No hacía dos minutos que se había sentado, cuando pasó por allí muy precipitadamente* un joven, sin mirar siquiera *donde pisaba,* con la confianza de los veinte años. Entonces el viajero que acababa de quitar la piedra vió claramente *que si la hubiese dejado atravesada en el camino,* el joven hubiera caído *despeñado al torrente.* Y él se decía: «Este desconocido no llegará á saber nunca que me debe la vida, *ni me recordará siquiera; pero ¿qué importa? Yo he cumplido mi deber, y esto basta.»*

Y el viajero, satisfecho, volvió á tomar su bastón de viaje y se puso en marcha. Bien pronto *se desencadenó* la tempestad; el estampido del trueno, *repetido por el eco, estremecía* la montaña, el viento furioso *gemía* entre los abetos, los relámpagos desgarraron las nubes é iluminaron el abismo. En medio de *este desconcierto general* de la naturaleza, el viajero avanzaba con paso rápido y *sereno.* Una calma pro-

con esta paz interior era más poderoso que toda la fuerza ciega de la tormenta, que rugía en la montaña.

¿Sabéis por qué, niños? Es que la voz de la conciencia es la voz de Dios mismo que habla á nuestras almas. Y cuando esta voz aprueba nuestros actos, somos muy fuertes, porque Dios está con nosotros.

funda reinaba en su espíritu, y le parecía que con esta paz interior era más poderoso que la fuerza ciega de la tormenta que rugía en la montaña.

¿Sabéis por qué, niños? *Porque* la voz de la conciencia es la voz de Dios mismo, que habla á nuestras almas, y cuando esta voz aprueba nuestros actos, somos muy fuertes, porque Dios está con nosotros.

### Y punto final.

Conque dígame ahora el lector si la cosa está ó no está más clara que el agua... cuando está clara.

Y casi todas las lecciones del hermoso libro del laureado autor de *Francinet* están así: *traducidas ad pedem littere*.

Por cierto que al frente de su obra (y no deja de ser gracioso el detalle), dice Bruno: *Derechos de traducción y reproducción reservados*; pero este Mateo de mis pecados va más allá, y tomando sus medidas, como sastre que conoce el paño, contra posibles *reproducciones de reproducciones*, dice muy serio, como ya dije al principio: «y se perseguirá al que la reimprima.»

Chóquela usted, amigo Aroca. Así se dicen esas cosas; sin reírse.

—Al final del libro—debió de pensar Jimènez (no el acreditado D. Felipe Jiménez, el paño de lágrimas de jamonas pasadas de sazón y aun de viudas en deseos de reíncidir, sino nuestro Jiménez Aroca)—; al final, pongo varias poesías de Campoamor, Hartzembusch, Espronceda y otros, y... santas pascuas. La cuestión es que sepa el país, este país conquistado, que hay un Jimènez Aroca; y que este Aroca escribe como un hombre, y á la propiedad literaria, y á Bruno, y á toda su casta que se los lleve el diablo.—

—¿Y dónde *opera* ese *vivo*?—preguntará un lector.

—Lo ignoro, amigo mío; pues desde que lo dí á criar, no supe más de él. Por cierto que, á juzgar por *su* obra, vamos, vamos, que aun *me* salió aprovechadito, ¿eeeh?



## ¡VALIENTES QUIJOTES! (1)

¿Cuándo hallarán albergue la realidad  
y el espíritu positivista en este pueblo  
quijotesco?

(De un periódico madrileño).

¡Qué gana de poner motes!  
¿Conque «pueblo quijotesco»?  
¡Sí, hombre. sí! ¡Está usted fresco!...  
¿Dónde están esos quijotes,  
Si este es ya un pueblo *pancesco*?  
Si D. Quijote viviera,  
Es posible que hoy su lanza  
El cuerpo de usted midiera,  
Para que no confundiera  
El corazón con la panza.

¡Devotos de Santa Nómina!  
¡Rentistas que, en religión,  
Os atenéis al *cupón*,  
Teniendo por una andrómina  
(Y van á misa) el *copón*!  
¡Trabajadores del día,  
Que, si pudieseis, no iría  
Ninguno á vestir el ros,  
Comulgando (ya sin Dios

(1) Tremenda diatriba que me fué inspirada años después de la catástrofe de 1898, al ver el marasmo estúpido del país. Hoy he reaccionado algo contra ese feroz y suicida pesimismo; pero.... ¡ah, quién te ha visto y quien te ve, noble Hesperia!

Ni patria, en la Egotría!  
¡Ratones de biblioteca!  
¡Memoriones de alma seca!  
¡Gobiernos del *precedente!*...  
¡Burgueses, todo manteca  
Con mucha carne en la frente!  
¡Jornaleros de la prensa,  
La que insulta y la que inciensa,  
A voluntad del pagano;  
La que por nosotros piensa  
Y en pésimo castellano!  
¡Vosotros, *engorros* frigos,  
Mucha *verba* y hechos nada;  
Por quienes de la asonada  
No quedan ya ni vestigios  
En esta patria adorada!  
¡Y tú que huyendo al *legón*  
Tomaste por vocación  
Lo que es para ti un negocio,  
Diciéndonos (¡vaya un *socio!*)  
Que es por nuestra salvación!  
¡Y tú que al *Terso* proclamas  
Rey, diciendo que le amas,  
Porque tiene buena pinta,  
Y por el Señor derramas  
La última gota... de tinta!  
¡Y tú, *Barón de Mesones*,  
Caricatura al... *cabrón*  
De los antiguos barones,  
De quien dicen los *guasones*  
Que no eres ya ni varón!  
¡Españoles de *doublé*,  
Cuyo Dios es la barriga,  
Sin patria, ni honor, ni fe,  
A quienes se os da una higa  
Por todo, excepto el *parné!*  
¡Sol ayer resplandeciente

(1) Porque la vanguardia de la raza amarilla, cuyo ideal para lo futuro parece ser «Asia para los asiáticos,» la ha demostrado á España (sin proponérselo, por supuesto) que cuando se quiere de veras, puede el pez chico comerse al grande.

Y hoy por tus culpas poniente,  
Kábila en disolución,  
A quien le dió una lección  
De puntos el Sol Naciente!.. (1)  
¿En qué os parecéis, danzantes,  
Al paladín genial  
De la obra siempre inmortal,  
Que es, á pesar de Cervantes,  
El libro del ideal?

Entre el noble caballero  
Que, loco, razona aún  
Y el mercader usurero,  
Siempre al huevo, nunca al fuero,  
¿Qué puede haber de común?

Y puesto que vegetamos  
Simplemente, y no buscamos  
ya más que la vil pitanza,  
¿Por qué razón deshonramos  
El nombre del gran Quijote?  
¿Hemos de llevar un mote?  
Pues voto por el de Panza.





## EL NUEVO SAINETE

Amèn de los tumores malignos que allende los mares le salieron al país, hèteme aquí que se le descubre otro, aunque blandote y de carácter benigno, Dios sea loado.

Me refiero al de los *Fuegos florales*.

¡Válame mi patrón Santiago, y qué de romancescas ansias acometieron de pronto á nuestros barbilindos literarios! ¡Qué de suspiros y de trovas! ¡Cuánto *reina* hasta entre la digna clase de *señoritas hechas de prisa*! ¡Cuánto *mantenedor* en un país de hambrientos! ¡Cuánto *rumor de besos y batir de alas* en esta tierra de Sanchos de rostro abotargado y voluminosa panza, siempre dispuestos á engañar al pobre caballero descargando sobre los próximos árboles losazotes del desencanto!...

Pero si he de decir verdad, y á fuer de impenitente enamorado de la broma, no me disgusta, antes me place, esta resurrección graciosa del romanticismo medio--eval.

O todo ó nada; esta es la mía.

¿Hemos determinado sentar plaza de majaderos? Pues arriba con ello hasta llegar á ser una especialidad en el *ramo*.

Y crèese la carrera de *mantenedores*, que las de *mantenidos* ya lo están; y celébrese en Cacheiras, y en Marrozos, y hasta en Escornabois, la justa de amor y fe, los ensueños semiextáticos del cantor de *Mireya*, la gentil.

¡Allá se quede la vil prosa para las edades pretéritas, y arriba, arriba con la ideal gentileza de estos tiempos soñadores! ¡Paso al Código mercantil puesto en verso por los bardos á la nueva usanza! ¡Hurra por los histriones vestidos de gallardos paladines, sacando á plaza por villas y

poblados, como se lleva de feria en feria al monstruo de las dos cabezas, la fiesta que amaron los *felibres*; y siga la divertida mojiganga, y que de las breves alabastrinas manos de la *reina de la fiesta* reciba una vez más la flor simbólica el vate; que aun parece que resuena su voz vibrante y conmovida, que aun parece que aletea la emoción callada, el silencio augusto con que la *Corte de amor*, ceñida á las gentiles cabezas la triple diadema de hermosura, gracia y juventud, oía el tema premiado: «La patata y su cultivo: medios de aumentar su producción!»

Y moríos, oh vosotros los idealistas, los de la blonda cabellera, los que en medio del estrépito de las máquinas y de las invenciones nuevas, echáis de menos las épocas de la genialidad y del misterio... Moríos tranquilos, porque al fin llegó la soñada plenitud de los tiempos.

De hoy más, hasta el simple hortera, entusiasmado con el relato de los *Fuegos*, sentirá nostalgias de muerte por el ferreruelo y la guzla del trovador, y acaso despache el romántico tocino y el garbanzo idílico entre hondos suspiros y entrecortadas quejas.

¡Perdona, oh Clemencia Isaura, espléndida amadora de la belleza! ¡Perdóname si al hablar de la fiesta que te inspiró el cielo de la Provenza, el país de las flores y del amor, que son todo uno, empleé un estilo tan vil como su profanación!

¿No es cierto que, al instituir el gentil torneo, nunca creíste que llegaría esta verdadera edad de hierro, á cantar en tu nombre, siempre grato al que sueña, el amor extinguido, la perseguida fe, la caballerosidad que sólo es un recuerdo?...

Pero ¿qué se le alcanzan á estas centurias de *cortes de amor*, del *gay saber*, de *góndolas* ni de *trovadores*? ¿Por qué no dejan que los muertos entierren á sus muertos?

Ellas ya tienen sus hierros y sus carbones, sus máquinas que chirrían, sus inventos maravillosos, sus monjas que salen, sus prostitutas que quedan, sus ricos que gozan, sus muchedumbres que maldicen y que rugen como el mar tumultuoso.... ¿Qué más quieren?...

Es más noble el panzudo burgués que vive para comer y se ríe de *góndolas* y de celosías, que estos payasos del

pasado que entretienen sus ocios en parodiar la quinta esencia del espiritualismo humano, la cortesanía y el ideal caballeresco de aquel hermoso misterio que se llama la Edad Media.





## Los sacerdotes de ogaño

---

*Oficia* en el *tabernáculo*,  
Y á todo el que no *comulga*  
En *Iglesias*, que es su *oráculo*,  
Por *esquirol*, lo *excomulga*,  
Si no le da con el *báculo*.

Y mientras sus hijos van  
Desnudos como Adán,  
El dice que no hay un cuarto  
Y que ya se vestirán  
El día en que haya el *reparto*.

Dicen que no es ningún zote,  
Porque habla con desparpajo;  
Llamándose *Sacerdote*  
*del trabajo*.

Siempre de *la clase* hablando,  
Siempre gimiendo y llorando  
Cual si fuese un pordiosero  
Y siempre pedanteando,  
Como todo majadero

—¿?—Es el *dómine* Ciruela,  
Que se pone á hacer escuela  
Y no lee de corrido;  
Parlanchín y presumido,  
Como quien no tiene abuela

—Hombre, démosle un *lapote*,  
—¡Jesús! ¡Dios nos libre de eso!  
¿No ves que es el *Sacerdote*  
*del progreso*?

Es su *púlpito* el diario;  
Las cuartillas, su *breviario*,  
Y su *hisopo*, el lapicero;  
Hoy *confiesa* á un majadero,  
Mañana da al *incensario*

Por un *centavo* cochino  
(Un perro chico argentino),  
Le oye la *misa* un seglar,  
Y hasta da de *comulgar*...  
Aunque ruedas de molino.

Antaño era un D. Quijote,  
Del ideal siempre nuncio;  
Hoy es el *Gran Sacerdote*...  
*del anuncio*.

Su *gazusa* es ya atrasada,  
Y el pobre, si no hay entrada.  
*Sablea* á diestro y siniestro,  
Y no paga la posada  
Y, en fin, parece un maestro. (1)

«Mendocita, ese actorcito».  
Dice él que le tiene saña;  
Y todo por el delito  
De ser el niño bonito  
De los públicos de España.  
¡Y trabaja por el *pote*!  
(¿Quién, lectores, lo diría?)  
Todo un señor *Sacerdote*  
*de Talía!*

¿Y no merecía un tiro  
Aquel D. Judas Vampiro,  
Esclavo de D. Dinero?  
Pues llámale, anda, usurero;  
Y te dirá: «Yo no aspiro  
al *arobo* de *ninguén*;  
Pero ¿acaso el mil por cien

(1) En lo de ser pobre solamente, ¿eh?

Es un excesivo rédito?...  
¿No soy un hombre de bien,  
Sacerdote del Dios Crédito?»  
¿Cuánto en bruto pesaría  
Si yo explotase al marchante;  
¿Qué cerdo se me pondría  
por delante?

.....

Curiales, veterinarios,  
Profesores, usureros,  
Artistas, gacetilleros,  
Comerciantes, boticarios...  
Todos nos creemos gente,  
Gente de mucha importancia,  
Y resulta que en sustancia  
Somos gentes de buen diente,  
Que si hoy viviera Mahoma,  
Aquel tío hecho y derecho,  
Diría: amigos, no es broma;  
No hay mas Eios que el Dios *cornecho* (1)



(1) Nombre del panecillo en algunas comarcas gallegas.



## Miscelánea gramatical

¿Protestar *de* ó *contra*?—¡Abajo el singular!— *Panderetólogo*—Terreno *accidentado*.

### I

«España entera protesta *de* ese abandono»... «Protestemos *de* la tiranía»...

El menos lince conoce que son frases de periódicos; pero no todos saben que eso no es castellano, sino gordo disparate y gabacho puro probablemente.

Así como *deber ser* y *deber de ser*, *ir entre bayonetas* é *ir por bayonetas*, *hablar de Fulano* y *hablar contra Fulano*, etc., etc., son cosas muy diversas, de igual suerte *protestar de* y *protestar contra* tienen tanto parecido como un huevo y una castaña.

Los que conocen algo el idioma de Cervantes, al par que *protestan de* su amor al lenguaje en que el hombre entre los hombres, el mago de la pluma, el eternamente vivo, escribió las aventuras no sé si del más cuerdo de los locos ó del más loco de los cuerdos, *protestan también contra* (*¡contra*, señores!) contra esos escritorzueltos chirles y periodistas de tres al cuarto que van haciendo poco á poco una pedantesca jerga galo-flamenca de esta melodía de las melodías en la que San Juan de la Cruz tuvo con el Amado coloquios inefables.

¿Qué fiel cristiano (y concluiré con un ejemplo); qué fiel cristiano, si alguno queda, no ha oído hablar de que el Credo es una *protesta de fe*?...

Si alguno queda; porque ¡cualquiera es cristiano viendo que protesta *contra* la fe nada menos que el Credo!

Como así sería, si valiese la de esos mozos.

II

¡Abajo el singular!

¡Paso á las *sencilleces*, y á las *explendideces*, y á las *timi deces*, y á las *desnudeces*, y á las *exquisiteces*, y á otras *heces* que está apurando nuestro idioma! ¡Bienvenidos los *prestigios*, las *actividades*, las *energías*, los *respetos*, los *entusiasmos* y las *vidas*! (No las de los Santos, ni las siete de los escribanos, digo, de los gatos).

¡Que se jubile el singular! Lo piden las *magistraturas*, y las *artillerías*, y hasta los *cleros*; lo mandan las *juventudes* de los *periodismos* que enriquecen los *lenguajes* con esos *decíres* de *languideces*.

Pero ¡ay! que por esos caminos iréis á los *caos*, no á las *inmortalidades*.

III

En un diario que no cito, porque tratándose de disparates y de ciertos periódicos apenas si tiene aplicación aquello de «para que otro no pierda», leo lo siguiente:

«Forma también parte de la rondalla el conocido panderetólogo Sr. Altay (D. Jacinto).

¡Hombre! ¡Panderetólogo! ¡Eramos pocos los trabalenguas griegos y parió... cualquier mentecato!... ¡Pandereólogo!

Pero venga usted acá; usted, el padre de la criatura, quien quiera que sea; venga usted acá, hombre, venga usted acá.

¿Nunca oyó usted hablar de *los cornetas* de la banda, *del primer violín* de la orquesta ó *del mejor flauta* de la catedral, tomando el instrumento por el instrumentista según un admitido y elegante tropo?

¿Sí, eh?... ¿Pues á qué santo entonces esa ridícula palabra casi tan *impronunciable* como un regimiento de Ingenieros?... Hombre de Dios, con haber dicho sencillamente *el pandereíta*, quedaba usted bien y no gastaba nada.

¡Panderetólogo!

El diablo las carga, ó carga estos *escritorólogos*, cuyas plumas son armas de... ¡fuego contra el idioma!

De suerte que el día menos pensado (porque «ó jugamos

todos ó se rompe el naípe», como dice i en Navarra); el día menos pensado se nos descuelga usted con la noticia de que llegó á Pamplona el inimitable *violinólogo* (¡Jesús!) señor Sarasate, ó nos habla usted del gran *guitarrólogo* (¡Jesús me valga!) Juan Parga...

Todo por creer que la inspiración, ese misterio de los elegidos, es alguna moza liviana y antojadiza que concede sus favores á cualquier *periodistólogo*, como si todos fuésemos unos, *frailes y tamborileros*.

Bien que no hace mucho tiempo que el *Diario Universal* nos hablaba de un gran *epidemiólogo*.

Si; precisamente en un artículo en que se dolía de que se respirase en los cuarteles... ¿qué dirán ustedes?... Pues... ¡aire usado!

Vamos, un aire como quien dice de segunda mano, ó de lance.

En fin, así está España. Los artículos, y hasta creo que los nombres sustantivos, de primera necesidad andan por las nubes; pero en cambio las berzas, digo, las letras, ¡ah, y qué lindas! El ánimo más pesimista se abre á la esperanza de mejores días cuando uno lee *La Voz de Cachairas*, *El Eco de Boimorto*, *El Despertar de Faca*, *El Gemido de Mula* y otros *organos que vienen al estatio de la prensa*... á acabar, entre otras cosas, con la salud de la ya bien delicaducha lengua castellana.

#### IV

«El terreno de Galicia es bastante *accidentado*,» leo en una revista sé--diciente literaria.

¿Conque *accidentado*, eh?

¡Claro! Sin cosechas, convertido en un lodazal y agobiado por el fisco, ¿cómo no había de darle un accidente?

¡Pobrecito!

Pues... bromuro, bromuro.



## ¡ECCE HISPANIA! <sup>(1)</sup>

Sumidos en las dulzuras  
De un pancismo repugnante,  
Ni buscamos ya aventuras  
Ni seguimos adelante.

— ¿Y la Iberia,

Teatro de toda liza?

— Está convertida en feria,  
Donde todo se cotiza.

Políticos... una nube;  
Ministerios... á porrillo,  
En continuo baja y sube;  
Prohombres... por un sarillo.

— ¿Qué? ¿Prohombres?

— Dicen allá en su caló,  
No me extraña que te asombres;  
¡Valientes hombres de pro!

Decretos y más decretos;  
Programas al por mayor,  
Que aur (¡si seremos paletos!)  
Discutimos con calor....

— ¿Y la ley?...

Que el caso es que la cumplamos...  
— Eso sí; en la hispana grey  
Toditos la *ejecutamos*.

(1) Téngase presente, pues también es aplicable aquí, la nota que puse á «¡Valientes quijotes!»

—«¿Cuál será el ascua, Señor,  
Que arrime yo á mi sardina?»—

Dice Cobián con dolor...

—«¡Ah que idea! La Marina.»

—Y la boca

Abre y pide un dínereal,

Y por un poco nos toca

El poderío naval. (1)

—«¡Hay que liberalizarse!»—

Grita Moret, y muy alto;

--«Lo que hay es que *européizarse*»--

Dice Costas, el del «salto».—

¡Voto va!...

¡Cállense con dichos feos!...

¡Si el Africa empezará

Aún en los Pirineos!

—«¡Agua!» - exclama Rafael—;

«¡Canales, riegos, acequias!;

Si no, dejamos la piel

Y nos harán las exequias».—

¡Y aun maltratan

Más de cuatro á estos señores,

Cuando por nosotros tratan

De hacer aguas... y mayores!

—«¡La emigración! ¡Ahí está el daño!»—

Dice González Besada,

Que, como está de buen año,

Claro, no emigra por nada.

—¡*Qué esperanza!*;

Cuanta más gente salía,

Cuando era aquí Sancho Panza,

Pues menos se decidía...

### Y en la bufa procesión

(1) Ya nos ha tocado con los 200 millones votados en la sesión «memorable», sin que hiciesen mella en nuestros hombres públicos las palabras del *Times*: «Si con nosotros, ¿para qué barcos? Si en contra, ¿de que os sirven?»... Lo cual parece un calco de aquello de la Doctora de Avila; «Si votos, ¿para qué rejas? Si rejas, ¿para qué votos?»...

Pero á callar, digo, á pagar; y siga la orgía,

Todo quisque toma parte;  
Si el uno como pendón,  
El otro como estandarte,  
— ¿Y al cortejo  
No acude el país también?  
— Sí, pero va de pendejo  
Y siempre diciendo amèn.

. . . . .

Esto, en especialidades...  
¿Y los que todo lo curan,  
Estuches de habilidades?...  
¡Y hay quiènes de ellos murmuran!  
— ¿Y el paciente?  
— A dieta: son *homeópatas*;  
Sólo al cobrar, esta gente  
Se sienten un poco *alópatas*.

Pronto correrán la tuna  
Los grandísimos chorlitos,  
Ofreciendo hasta la luna  
A los incautos distritos<sup>(1)</sup>  
— ¿Y la dan?  
— Eso se cumple á conciencia,  
Verás como quedarán  
A la luna... de Valencia.

. . . . .

¡Casa de Tócame--Roque!  
¡Bello país de... abanico!  
¡Puerto de Arrebata--capas!  
¡Hala y que siga la fiesta!...  
¡Estadistas de alcornoque,  
Pocas luces, mucho pico;  
Presupuestívoros—lapas:  
Entrad: la mesa está puesta!

. . . . .

¡Españoles... digo, lilas:  
Rompan filas!

---

(1) Era en vísperas de elecciones, cuando escribí estas *berzas*.



## JOSÉ MARÍA MOAR

Así como Madrid tiene á Carulla, Santiago tiene á Moar.

Abreviatura de *amolar*... á la literatura.

Este Moar es, para hacer boca, maestro de escuela en S. Lázaro, uno de los arrabales de Santiago; y además, abobado, digo, abogado; y por contera, notario eclesiástico; y de propina, veterinario ó estudiante de veterinaria; y... En fin, menos obispo, creo que es todo lo demás.

Incluso poeta.

O *porreta*; porque, como ustedes van á ver, tiene el feo vicio de mandar á la porra, cuando *pedescribe*, Retórica, Gramática, Poética, justicia y, en una palabra, todo lo que estorba.

Para disparatar, por supuesto.

Es también fecundo, con esa estéril fecundidad de ciertos bichos, y no bien ocurre cualquier acontecimiento en Compostela, ya tenemos á Moar con el soneto ó la oda de ajo del brazo. ¿Que se abre de nuevo al público la Biblioteca de la Universidad?... Oda de Moar. ¿Que hubo alguna desgracia en el pueblo?... Pues á aumentarla con un soneto del propio cosechero. ¿Que viene la infanta doña Isabel á Santiago?... Estrofas, digo, estofado poético de Moar.

Y siempre dale que tienes, y arriba que abajo, y tumba que tamba.

¡Ah!...

Se me olvidaba advertir  
Que es vegetariano *enxebre*,  
Lo cual no quiere decir  
Que el hombre tienda al pesebre;  
sino que los animales  
No los admite su esófago;  
Sólo come vegetales;  
Vamos, que no es antropófago.

Pero, ya digo, él siempre descomponiendo. Tanto que yo creo que si le cortasen las manos era capaz de escribir con los piés. ¡Vaya si era!

Y entrando en materia, voy á poner en solfa unos versos de Moar, para que vean ustedes como las gasta con la Poesía este buen sujeto... digo, este *mal sujeto*, que si lo estuviera bien, por las manos siquiera, no maltrataría como maltrata á tan desventurada doncella.

A no ser, ya digo, que echase mano del recurso de que hablé antes.

Cosa que, á juzgar por la muestra, ya no le cogería de susto.

Y para que no me acusen de mala fe, tanto el *vate* como sus alabarderos, pues aunque parezca mentira también Moar los tiene, voy á escoger la composición menos mala de aquél, la disparada contra la Infanta D.<sup>na</sup> Isabel.

Esta augusta señora, digna por varios títulos de ser respetada, vino á Santiago en Julio de 1906, creyendo que en Galicia estaría á cubierto de tiros carullescos. Pero Moar que tenía la inspiración cargada, en acecho de alguna víctima, no bien asomó D.<sup>na</sup> Isabel... ¡prum!... la descerrajó á quemarropa el siguiente metrallazo:

«Alteza: en estos versos mi numen reverente»...

¿Sí? ¿Conque V. cree de buena fe que los renglones que ha escrito son versos, y que Vd. tiene numen?... ¡Ah, cándido!

Que Vd. adule á la Infanta,  
Con más ó menos cinismo,  
Es cosa que no me espanta;  
¿Pero adularse á sí mismo?  
¡Hombre, por la Virgen Santa!

Pero vamos andando; á ver que cosas la dice á D.<sup>a</sup> Isabel el *chirumen*, que no numen, de Moar, en sus *berzas* y no versos.

«Alteza: En estos versos mi numen reverente os da la bienvenida y os viene á saludar.»

(*Repetición, oh vate, que has puesto solamente*

*«Por mor» de rellenar.*)

Porque no me negarás que entre darle la bienvenida á uno y venir á saludarle no hay de diferencia ni el canto de un duro, más ó menos sevillano.

Adelante.

«Coronas los artistas juntan en vuestra frente, y con *fervido* aplauso la Atenas de Occidente os' abre jubilosa su histórico solar.»

(*Aplausos y coronas, hablando francamente,*

*Que discurrió Moar.*)

De lo cual da testimonio él mismo, sin querer, por supuesto; pues aunque escribe «févido», con acento, como hay que leer *fervido*, sin èl, para que haya verso, viene á confesar que los aplausos fueron fríos, y que en vista de ello el poeta, llevado de sus *fervores* dinásticos, acordó *ferverlos*.

Aparte de que lo de «Atenas de Occidente»... Pero nos paremos en pelillos.

«Venid, deidad de España...»

¡Atiza! ¡Deidad, es decir, diosa la Infanta!... Figuradamente se suele llamar así á las mujeres muy hermosas; pero, según me enteran, no nos hallamos ahora en este caso. Buena sí que debe de ser D.<sup>a</sup> Isabel, y hasta una santa cuando no le ha metido á Vd. en la *falcona* (1), á raiz de cometer ese propro.

«Venid, deidad de España: vuestra alma peregrina  
Que busca el mármol rancio y el estilo gentil...»

(1) Así llaman á la *prevención* los santiaguéses, en lenguaje vulgar.

(¡El mármol ó el tocino?... Que aquí, como en la China, Si casan «rancio» y «mármol» será por lo civil.)

Sigamos.

«...vuestra alma peregrina... tended...»

Hombre, se tiende la vista ó la mirada; pero ¿el alma?... Eso sólo se podría decir, á todo tirar, en el caso de que la Infanta hubiese leído con antelación los *versos* de usted y la cayese el alma á los pies.

Pero veamos por donde quiere Moar que tienda el alma peregrina Su Alteza.

«...vuestra alma peregrina... tended por la de encáustico...»

(*A ver si de propina la va á poner un cáustico.*)

Y no se extrañe usted de que me ría, Moar de mis pecados; porque estampar en poesías que quieren ser de alto vuelo eso del «mármol rancio», que, aunque pueda decirse, disuena por lo estrambótico è inusitado, y ahora lo de «encáustico», más insólito aún, es muy expuesto á que el lector zumbón se regodee de lo lindo.

Con tantos títulos como tiene usted, ¿no sabe que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso?

Pues así lo dijo un tal Napoleón, que aun en asuntos literarios no era manco, según lo demuestran sus sentidísimas cartas de amor á la emperatriz Josefina y sus arengas militares, dignas de Tirteo.

Aparte de que *encáustico* es voz técnica, que por lo tanto no tiene pito ni flauta que tocar en una poesía lírica, ò lo que sea.

Y vamos adelante.

Después de rogar el poeta á D.<sup>a</sup> Isabel que tienda el alma (¡qué desalmado!) por la pintura cristalina de encáustico, y por el convento, y por la torre, y por no sé cuantas cosas más, la dice de repente, sin preparación alguna:

«Gozaréis en Santiago...»

¿Cómo?... Hombre, el undécimo creo que es no asustar.

«Gozaréis en Santiago: el aura es siempre pura...»

(¿También cuando de noche recogen la basura?)

Porque mi ciudad natal, es la única, que yo sepa, donde aun hoy recorren las calles los aldeanos de las inmediaciones, armados de largas varas para calar los depósitos de excrementos humanos, gritando á voz en cuello: «Hay *esterco pra vender?*»

Actualmente, y después de hecho el ajuste, que suele dar lugar no pocas veces á mal olientes chistes, no se permite vaciar los lugares inmundos más que á la media noche; y entonces son de ver... digo, de oler las *auras puras* que dice Moar, todo alborozado.

Pero, bueno; ¡qué diablo!; pasemos porque el aura sea siempre pura en Compostela y vamos adelante.

Sigue, Pepe.

A ver en qué paras.

«...el aura es siempre pura,  
el cielo *siempre* orlado de nacarino tul.»

Siempre; sí, señor. En eso tiene usted razón.

Como que allí nunca llueve,  
Y es aquello una delicia;  
Tanto que á su clima debe  
Lo de «orinal de Galicia»:

Pero veamos como son las demás cosas de la Jerusalén de Occidente ó de la Atenas de Galicia, que de estas dos maneras, Sr. Moar, se le llama á Santiago; y advierto esto porque no haga el diablo que, ya que usted le llamó «Atenas de Occidente», le llame «Jerusalén de Galicia» el día menos pensado otro Moar de tanda.

¡«Atenas de Occidente»!... ¡Qué deja usted entonces para Salamanca, Bolonia y la Sorbona, v. gr.?... Soy santiagués; pero *amicus Plato*...

Adelante.

«los robledales móviles, riente la llanura,  
las fuentes cristalinas, florida la espesura,  
*(¡Jesús, y qué hermosura!)*  
el río murmurante y la montaña azul.

Muy bien. Pero... siempre hay un pero en este pícaro mundo. Vaya con Dios que los robledales; ~~pero que el~~

*Sean móviles,*

como los timbres, cosa que cuando hay viento sucede en toda tierra de garbanzos, digo, de robledales; pero que el río que pasa por la ciudad del Apóstol sea aficionado á la murmuración ya no se puede creer así como así; porque, bien mirado, ¿de quién ha de murmurar el pobre río de los Sapos?

Pero siga Moar echando sapos y culebras.

«Dejad las palatinas suavidades del raso,  
(¡Qué cosas dicen estos eunucos del Parnaso!)  
y desde alguna puerta que aun cierra á esta ciudad»...

¿Cuál?... ¿La de la Peña? ¿La de la Mámoa? ¿La puerta Fajera?... Porque ninguna de ellas, que yo sepa, cierra hoy á la ciudad. Como que está la pobre tan abierta que si en ella no entran ya los normandos ni la morisma, no dejan de penetrar los Moar, los Tafall y otros vándalos... literarios...

*Repétas goeso.*

»Dejad las palatinas suavidades del raso,  
(No le haga Alteza caso)  
y desde alguna puerta que aun cierra á esta ciudad,  
(Lo dicho: no es verdad)  
podéis ver todavía las huellas que en su paso,  
bañada por la *vía de estrellas* del ocaso...»  
(¡Jesús, qué atrocidad!)

Porque ¡miren ustedes que convertir un pareado en empanada de cuartetos!... ¡Vamos! ¡Si cuando yo digo que este Moar no es Moar, sino un continuo *amolár*... á las bellas letras!

En fin, adelante.

«Mirad la taciturna ciudad de las neblinas...»

Pero ¿en qué quedamos? ¿No acaba usted de decir que en Santiago el aura es siempre pura, y que allí el cielo siempre está orlado de nacarino tul, con aquello de «riente la llanura», «florida la espesura» y demás preciosidades?... ¿No acaba usted de decir eso, cabeza de chorlito?... ¡Y ahora resulta que Santiago es nada menos que «la tacitur-

na ciudad de las neblinas», vamos, el «orinal» de marras, sólo que más fino!... ¡Por vida del!...

«Venid, Señora egregia...»

—¿Y á qué he de ir yo ahora?—diría la Señora egregia si hubiese leído con anticipación las *bersas* de usted — ¿A ver «la taciturna ciudad de las neblinas»? Pues para ese viaje está Burgos más cerca. Si fuera como antes, cuando en Santiago era todo riente, florido y cristalino.

Pero el poeta no se fijó en el jarro de agua fría que acababa de echar sobre las ilusiones de D.<sup>a</sup> Isabel, y así, continúa tan campante:

«Venid, Señora egregia...»

Y ahora que me fijo en ello, bien puede Santiago consolarse de haber descendido desde el «nacarino tul» á las «neblinas». Sí; porque también la Infanta recordarán ustedes que al principio era diosa, ó deidad, y ahora se quedó en «Señora», aunque «egregia»

Sólo falta que más adelante, continuando la rebaja, la llame «mujer de bien», v. gr.

Hombre, y apropósito: ¿si este Moar será pariente de aquel lugareño?... Y va de cuento.

Pues, señor, érase que se era, y el mal que se vaya y el bien que se venga, un abogado betancero de mucha fama; el cual abogado, al subir al poder el partido en que militaba, fué llamado á Madrid para desempeñar un alto puesto; frase disparatada, dicho sea entre paréntesis, porque no suelen ser los puestos sino los políticos los que se desempeñan. Pero, en fin, vamos al caso.

Cayó el gobierno al poco tiempo, aunque á los españoles siempre les parece mucho, y nuestro abogado lió los bártulos y se vino á la ciudad del Mandeo, como dicen los chicos listos, y abrió de nuevo su bufete.

En el cual se hallaba cierto día, acompañado de su amanuense (acompañado él, no el día, como á cada triquitraque cuidan de advertir esos mismos chicos listos), cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién?—dijo el abogado.

—¿Da *premisó* á *súa* «excelencia»? ...

--Adelante.

Y entró un aldeano.

—*E logo*, Martínez?—le dijo el abogado, que le conocía.

—¿Qué hay de *novó*?

—*Pois*, señor... *eu viña xunt'a súa* «excelencia»... *pra ver si a súa* «excelencia»...

—*Home, déixate* de excelencias e de porras.

—Bueno, señor, bueno. *Non se incomode*... *Pois.. eu viña xunt'a «ustá...» pra ver si «vosté»...*

Y entonces, volviéndose al escribiente el abogado, le dijo: «¡Bah! éste dentro de *pouco mándam' á merda.*»

Andan por ahí malas lenguas, señor Moar, diciendo que debe usted de estar rematado del todo, lo que no creo; pero que en su cerebro falta por lo menos el tornillo de la sindéresis... á la vista está.

Tiene usted alguna imaginación, no lo niego; más ¡qué desarreglada, Dios mío!...

Y continúen los desarreglos.

«Venid, Señora egregia, al rico santuario

Que guarda las cenizas del PRIMO de Jesús...»

(*El «primo» es quien te lee, poeta estrafalario,*

*Y creo que en castigo va á darle un patatús.*)

Lo que es á mí poco me faltó, al ver ese «PRIMO», que, por la significación innoble que hoy suele dársele, le deja á uno turulato.

Ya le dije á usted, señor Moar, y si no se lo dije se lo digo ahora, que emplear en cierta clase de versos palabras de doble sentido, es muy expuesto á caer en chocarrerías.

Primero nos viene usted con el *jamón rancio*, digo, con el «mármol rancio»; después aparece el *caústico*, digo, el «encáustico», y ahora le llama usted *primo* al Apóstol Santiago. ¡Hombre, por María Santísima!

Y conste que ya no me fijo en esas faltas literarias y gramaticales que los poetas á viva fuerza llamáis con fingido desdén *pequeñeces*; porque si con vosotros fuese uno á hilar tan delgado sería el cuento de nunca acabar. Así nada digo de que «Jesús» y «cruz», «rey» é «Isabel» aparezcan como consonantes en los versos tuyos; ni de que apenas haya uno con los acentos en regla; ni de otras cosillas que yo me sé.

Pero noto que esta crítica se va alargando más de la cuenta; por lo cual voy á levantar la sesión, y no por falta de asuntos.

Y para concluir, ¿á qué no sabe el lector, aunque se vuelva mico, lo que Moar quiere que D.<sup>a</sup> Isabel le consagre al Apóstol?... ¡Vamos! ¿A qué no?...

—¿Alguna lámpara, acaso?

—¡Cal!

—¿Un exvoto, entonces?

—No, señor; nada de eso. Lo que quiere que le consagre es... Pero agárrese usted; no vaya á caer de espaldas... Lo que quiere que le consagre es «la admiración que sienten por ella todas las gentes».

Y aquí se me ocurre preguntar al *poeta* lo siguiente: aparte de que con la admiración esa (aunque sea sentida por los japoneses, los australianos y los hotentotes, que también son gente) no se alimentan las lámparas, ni se compran ornamentos, ni se hacen obras, etc., ¿me quiere usted decir, Sr. Moar, por qué ristra de ajos admiran á la Infanta, y nada menos que todas las gentes?... ¿Se ha perdido aquí el sentido moral hasta el punto de que porque una señora Augusta sea limosnera, de buen consejo, piadosa y popular, ya van á sentir por ella (cuando con esas cuatro últimas condiciones hay muchas señoras, gracias á Dios, en España) ya van á sentir por ella, repito, y nada menos que todas las gentes, no una admiración vulgar, sino una admiración digna de ser consagrada á Santiago el Mayor?

Y aun remacha el clavo en la última *berza*, donde, hablando de la admiración susodicha, la dice á la infanta:

«consagradla al Apóstol; ¡que lo merece, sí!»

De donde resulta, á juzgar por el énfasis que el vate le da al último hemistiquio, que aun no estaba del todo seguro, por lo menos al principio, de que el Apóstol fuese digno de la admiración de marras.

D. Timoteo: dos palabras para concluir (y van dos veces que quiero hacerlo).

Dígame usted, señor, y no lo tome á mal.

Cierto que no se sabe donde acaba la cordura y donde empieza la locura; tanto que ya dice la copla:

De poeta, músico y loco,  
Todos tenemos un poco.

Pero, con todo, si este no es un caso fulminante, que venga usted y lo vea.

¡Y aun dije yo, unas líneas más arriba, que me parecía que no estaba rematado del todo!... ¡Sólo eso me faltaba; que en castigo de mis pecados resultase ahora adulador de Moar!

Pero, bromas á un lado, y volviendo á D. Timoteo, ¿á que no sabe el ilustre alienista lo que la llama Moar á la Infanta al final de una verdadera lluvia de piropos?... ¿A qué no sabe usted lo que la llama, D. Timoteo?...

Pues... poca cosa; casi nada, como quien dice.

La llama

«.....digna heredera  
de la virtud y el nombre de Isabel la primera».

¡Vamos! ¿Ha visto usted otra igual? ¿Y no le parece á usted, mi señor D. Timoteo, que comparar á la gloriosa Isabel primera, codescubridora de América; á la mujer fuerte que contribuyó más que muchos esforzados campeones á que sobre Granada, la infiel, ondease el morado estandarte de Castilla; que comparar aquel paladín de Cristo y de España con la actual Infanta D.<sup>a</sup> Isabel, que hasta no tuvo (ni pudo tener, por las leyes que nos rigen) participación directa en los negocios públicos; ¿no le parece á usted que es una herejía histórica?...

Y aquí llegado, de bonísima gana haría punto final; pero aun no puedo hacerlo, porque tengo que justificar la intervención de D. Timoteo en este asunto.

No lo hago por Moar, que al parecer no tiene cura, ni capellán siquiera; pero sí por Tafall en cuya *Gaceta de Galicia* deposita aquél sus excrecencias.

¡Salvemos al divino Antonio, ya que para Moar hemos llegado tarde!

¡Y ayúdenos usted á la obra de misericordia, D. Timoteo, que prevenirse contra las enfermedades es mejor que curarlas! ¡Ay de nosotros, si no lo hacemos así! ¡Ay de nosotros, si sabiendo, como sabemos, que un loco hace ciento, apareciese *guillado* cualquier día el egregio Tafall!

Pero mal será. ¡*Meigas fora!*

Salud, lectores; y hasta luego.

## Erratas más importantes

Página	Línea	Díce	Debe decir
2	15	<i>somos</i>	<i>semos</i>
3	5	—Vea amigo	— <i>Vea, amigo</i>
10	5	le	les
12	8	tenmo	tengo
14	10	innúber	impúber
16	22	antideluviano	antediluviano
29	26	su	so
34	34	sucederle	sucederles
39	3	le	la



